

Este Primer Congreso Latinoamericano de Mujeres Demócrata Cristianas debe abrir nuevos horizontes a la acción-política de la mujer en nuestro continente.

La preocupación por el gobierno de los pueblos-fué tradicionalmente un quehacer de los varones. La presenciafemenina en la política es cosa más o menos nueva y aún no adquiere forma específica definida. Con todo, su influjo crece - en la misma medida en que aumenta la participación popular en la cosa pública. Es que la mujer tiene especial habilidad para comunicarse con el prójimo y captar su interés, planteando los asuntos en un terreno práctico y concreto. Los mismos ideales-que en labios masculinos suelen ser formulaciones puramente in-telectuales, incapaces de suscitar el entusiasmo de las gentes sencillas, expresados por mujeres, a veces más con actitudes - que con palabras, adquieren insospechada fecundidad.

La aptitud de la mujer para llegar hasta el se-no del hogar sin parecer intrusa ni violar su intimidad y su - don de reemplazar las abstracciones por cosas simples y senti-das, de transformar el cerebro en corazón, constituyen los se-cretos de su eficiencia política. Por eso su aporte es cada - vez más decisivo en las campañas y adquiere una importancia - fundamental en la acción social de nuestro tiempo.

En Chile - justo es reconocerlo aquí - la Demo-cracia Cristiana debe sus triunfos en parte muy considerable , al apoyo de la mujer chilena. Su entrega generosa, su abnega-ción en el trabajo, su comprensión y su fé, han sido lo mejor-de nuestras luchas y son el sostén más decidido de nuestro Go-bierno en el corazón del pueblo.

Algo análogo debe ocurrir en las demás naciones de nuestro Continente, porque la idea demócrata cristiana in -

terpreta genuinamente las tradiciones y los anhelos del alma de la mujer latinoamericana. Su sentimiento familiar, su vocación por la justicia, su natural sentido humano, su repulsa a la violencia y su proverbial sensatez, encuentran lógica expresión en las concepciones y los métodos de la Democracia Cristiana.

Han escogido Uds. como tema de este Primer Congreso "La Integración Latinoamericana". Ninguno podía ser más trascendental ni más auténticamente revolucionario. Porque la verdadera revolución no consiste tanto en la novedad de los cambios que se propician, como en su profundidad y eficacia para resolver los problemas de los pueblos. Uds. saben que nuestras patrias no tienen posibilidad real de vencer la miseria, de completar su independencia y de hacer oír su propia voz ante el resto del mundo si permanecen desunidas. Solo la integración puede proporcionarnos las condiciones necesarias para superar nuestros problemas.

No basta describir nuestros males de Continente subdesarrollado. Son ya suficientemente conocidos: bajo ingreso por habitante, baja tasa de crecimiento, profundas desigualdades en la distribución de la riqueza y de la renta. Lo que significa miseria, analfabetismo, enfermedades, poblaciones marginales, injusticia.

Tampoco basta quejarse ni señalar las culpas que en esta realidad pesan sobre las oligarquías y el imperialismo.

Lo único positivo y útil, lo necesario, es vencer nuestra flaqueza, dejar de ser débiles.

¿Cómo hacerlo?

Mientras sigamos siendo vendedores de materias primas y compradores de productos industriales altamente elaborados, mientras sigamos compitiendo entre nosotros en vez de au-

xiliarnos reciprocamente para afrontar unidos nuestras relaciones con el resto del mundo, seguiremos siendo víctimas de las oligarquías y de los imperialismos. Podremos librarnos de unos, pero se rá para caer en otros.

De qué manera podemos dejar de ser débiles y llegar a ser fuertes? Sólo hay un camino: uniéndonos. Es lo que enseña el antiguo proverbio, expresión de la sabiduría milenaria: la unión hace la fuerza. Es lo que propició en los albores de nuestra Independencia, el genio visionario del Libertador Bolívar. Es el ejemplo que en nuestros propios días nos da la vieja Europa.

¿Que es difícil? ¿Que los obstáculos son grandes? - ¿Quién podría dudarlo! Pero ¿no son capaces los pueblos de América Latina de vencer dificultades? ¿Fue fácil nuestra Independencia? Nada grande se ha hecho en la historia que, en su tiempo, no haya sido difícil.

La Democracia Cristiana no rehuye el encuentro con los obstáculos, porque sabe que en la misma medida en que permanece fiel a la verdad, ésta irá despejando su camino.

¿Qué tarea corresponde a la mujer demócrata cristiana de América Latina en esta magna empresa? Sin pretender adelantarme a las conclusiones de vuestros debates, yo me atrevería a decir que esa tarea es, fundamentalmente, la propia de vuestro sexo: cultivar la semilla.

El alma popular es tierra fértil; pero para alojarse y germinar en ella, la idea de la integración tiene que atravesar guijarros, abrojos y cizaña. Hay muchos intereses creados, muchos prejuicios, muchas pasiones y muchas mezquindades que intentan ahogar la semilla. Son necesarias manos femeninas, de madre y de esposa, para cuidar de ella.

Algunos, por fariseísmo o ceguera, invocan el patriotismo. Vosotras podréis demostrarles que amar a la patria es que-

rer el bien de su pueblo; que permaneciendo desunidas, cada día nuestras patrias se empequeñecen más en relación con otras, y - que sólo la integración abre a nuestros pueblos, en este mundo de hoy, verdaderas posibilidades de conquistar su bienestar y - realizarse plenamente. De donde resulta que la lucha por la integración latinoamericana es, bien entendida, una exigencia ineludible del patriotismo.

Otros, colonizados mentalmente o cediendo a los impulsos de la demagogia, invocan los intereses del pueblo o de la revolución. Vosotras podréis decirles que doscientos cincuenta millones de trabajadoras latinoamericanas tendrán, unidos, un poder real inalcanzable mientras sigan desunidos, y que la conquista de ese poder como instrumento para labrarse un porvenir feliz en justicia y libertad, es la auténtica revolución a que aspira y está destinado el pueblo de nuestra América.

Para los demócrata cristianos chilenos, este Congreso es un estímulo. El apoyo de la mujer es siempre el mejor aliado para el hombre. Y en nuestro caso, en que nos ha tocado conocer primero, junto con las alegrías del triunfo, las asperezas y sinsabores propios de la responsabilidad, necesitamos mucho la comprensión y el aliento de nuestras hermanas de América.

Estamos empeñados firmemente en cumplir nuestra tarea, fieles a nuestro compromiso con el pueblo de Chile y a nuestros principios demócrata cristianos. Estamos tratando ahora de hacer lo que antes predicamos, Es mucho más difícil; pero no por ello desfalleceremos. Sin demagogia ni claudicaciones, avanzamos seria y profundamente en el cumplimiento de nuestro programa, con el realismo que exigen las circunstancias y el idealismo que reclama nuestra doctrina, - como dijo el poeta "puestos los pies en la tierra y en el cielo la afición". Tenemos la conciencia de haber hecho mucho, aunque haya quienes se empeñan en negarlo, por rencor, ceguera o impaciencia; pero no estamos satisfechos sino tensos, porque sabemos que es mucho -

más lo que nos queda por hacer y nos hallamos en pleno trabajo, consagrados por entero a él.

Dentro de esta tarea, procuramos con celo cumplir nuestra parte en la integración de América Latina. Nadie podría desconocer los progresos alcanzados, que ya permiten ir dando forma a lo que antes era sólo una vaga esperanza.

Compañeras demócrata cristianas de América Latina: sed bienvenidas en esta tierra chilena y que vuestro Congreso - fije un derrotero claro, ancho y fructífero a la acción de la mujer americana en el seno de nuestros pueblos para la conquista del destino justo, democrático, pacífico y unitario a que la historia los llama.